

EL PAISAJE LLANERO

Por: Prof. JENARO VALDERRAMA

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 110, Volumen 30
1976*

A poca distancia de la confluencia del Upía con el Meta, deja éste de ser risueño para volverse majestuoso. Con un aumento tan considerable del caudal se extiende en una anchura tal, que apenas se divisan las orillas, porque desbordándose, invade las sabanas. En las partes donde el río se recoge, deja anchas playas en que sucesivamente se repiten unos mismos paisajes. Una especie de grandes garzas blancas con parte del cuello negro y rojo, reunidas con los Fenicópteros de plumaje escarlata, se forman en líneas que representan exactamente el aspecto de un batallón de soldados formados en 'batalla. Hacia atrás de estas playas los árboles se elevan, se agrupan y se confunden de tal manera, que ese mismo desorden disipa un poco la uniformidad de aquellas.

Hacia el anochecer llegamos a una pequeña cabaña de conuco, como llaman los indios a sus huertas y ranchos, habitada por una pequeña familia de guahibos, quienes nos dieron hospitalidad. Al otro día me despertaron muy temprano los mil diversos cantares de la multitud de pájaros agrupados en los cercanos bosques, y mientras que Domingo arreglaba el equipaje en la canoa, me dirigí a las cercanías de la cabaña a dar un vistazo en los alrededores. Cerca de ella se cultivan algunas pocas matas de caña, muchas de yuca, plantación extensa de varias especies muy particulares de plátano. Al pie de un corpulento árbol habla una planta de vainilla llena de flores cuyo perfume embalsamaba el aire. Este árbol se hallaba rodeado de multitud de enredaderas que atrevidamente se lanzan a su cima desde donde se desprendían en forma de guirnaldas y festones.

Nada puede ser comparable a la situación hermosísima del caserío de los indios. Colocados sobre una especie de estepa a las orillas del Meta, goza de una vista magnífica que se dilata hasta la cordillera hacia el Noroeste, y hacia el Este a una extensión de sabanas que se pierden en el horizonte. Los alrededores están adornados de bosques de palmas, los cuales dan al lugar un carácter bello y sublime que determina impresiones indefinibles, Los troncos de estas palmas parecen columnas que soportan una masa uniforme de verdura y cuyos troncos unas veces alineados, otras agrupados, figuran templos o edificios arrumados. Para complementar la belleza del paisaje, todas las palmas estaban adornadas de sus regímenes llenos de frutos rojos.

Hacia el otro lado del río que atravesé en una curiara, el aspecto del lugar es uniforme y los bosques compuestos de palmas cubren el terreno en una grande extensión. La Palma Pirijo domina

en lo general, elevándose a una altura prodigiosa; otras palmas pequeñas crecen a las inmediaciones, replegando sus hojas en forma de abanico hacia el suelo; estas hojas ofrecen círculos concéntricos alternativamente azules y amarillos, dominando este color hacia las extremidades. Tales palmas se hallan agrupadas tan aproximadamente, que cada una de ellas parecen nacer de las raíces de las que están inmediatas.

El sol principiaba a ser ardiente, por lo que me volví al caserío, en donde fui observando las chozas de los indios, las que son construidas de guadua, cubierta de espesas capas de hojas de palma y rodeadas de árboles y arbustos de cestros, acederas, crecencias, lecitas, caricas y grandes grupos de plátanos de diversas especies. En los patios había grupos de guacamayas, de distintos colores, loros y paujiles y diversa variedad de monos.

Un portugués que me encontré en Cabuyaro me habló de un árbol llamado, Laviro, que producía un aceite inflamable y que haciéndole incisiones y acercándole al fuego se inflamaba produciendo una llama azul e incandescente.

Al otro día emprendimos la marcha muy temprano, para evitar los ardores del sol, y llegamos a una sabana extensa, situada sobre una estepa o mesa, donde se me presentó un sorprendente fenómeno óptico: Al frente se veía un horizonte cercano, formado por espesas capas de vapores, superpuestas, verticales y paralela en cuyo fondo se dibujaba perfectamente un bosque que se hallaba en lontananza.

Nota de la Redacción: El profesor Jenaro Valderrama, catedrático de botánica de la Universidad Nacional, fue invitado por el General Agustín Codazzi, en 1855, a emprender un viaje a los Llanos, cuyas impresiones recogió en un folleto que con el título de "El Meta y los Llanos de San Martín" fue publicado en los Anales de la Universidad, en 1869.

